

**EL  
FANTASMA  
DE SARA  
HAYWARD**

**Silvia Gutiérrez Martín**

**2ºB**

Nunca olvidaré aquel mes que pasé de intercambio en Inglaterra, cuando solo tenía once años:

Me estaba subiendo la tensión. Me sudaban las manos. Estaba demasiado nerviosa. En aquel momento, lo único que pasaba por mi mente era que quería irme de allí. Me abruman las multitudes. Mi amiga Rebeca ya se había ido hacía alrededor de cincuenta minutos, y ya no quedaba prácticamente nadie de todos los compañeros que veníamos en el avión.

“Paula Rodríguez Cerna” dijo por fin la monitora, una octogenaria con muy malas pulgas, pronunciando lentamente cada sílaba de mi nombre como si fueran palabrotas, y con un extraño acento inglés. Acto seguido me levanté y cogí las maletas. La anciana me hizo un ademán para indicarme cuál era el taxi que me llevaría a la que sería mi casa durante todo el mes. La casa de los “Hayward”. Vivían a media hora del aeropuerto, lo cual era un alivio, ya que a muchos de mis amigos les esperaban cuatro largas horas enclaustrados en el coche. El taxista era un hombre de unos cuarenta y tantos, con pintas de *heavy*, y con cara de mal carácter. Conducía de una manera muy brusca, hasta el punto de que la cabeza me daba vueltas. El viaje se me hizo muy pesado... pero al fin, el condenado conductor frenó. Apenas me dio tiempo a bajarme del auto; aceleró, y me quedé sola. Respiré hondo varias veces, y llamé a la puerta. Me abrió una señora ya entrada en años, con el pelo canoso y una sonrisa de niña pequeña.

🕒 Tú debes de ser Paula. ¡Qué guapa eres! Yo soy Carol, y durante este mes puedes considerarme tu madre. Entra por favor, te presentaré a los demás. — La verdad es que era una familia muy agradable: Alfred, el marido de Carol, era el típico anciano que leía el periódico a todas horas y se sentaba en el sofá a fumar en pipa y a contar batallitas. Tenían dos perros, los dos bóxers, llamados Romeo y Julieta, que, según me contaron, eran como dos hijos para ellos. La casa era grande, decorada entera en tonos marrones, y muy antigua. Tenía dos pisos, sin contar el sótano y el desván. Era un lugar simple y hogareño. Después de cenar, me di cuenta de un detalle: sobre una butaca de color beige desteñido, se hallaba un reloj de cuco de un tamaño considerable. Pero, a pesar de que la noche había caído hacía ya un rato, sus agujas indicaban que eran las doce y veintisiete de la tarde. Cuando Carol se percató de mi actitud extrañada, y vio dónde estaba clavada mi mirada, se rió entre dientes y me dijo:

🕒 Lo de la hora en ese reloj es algo peculiar. Todos los demás relojes de la casa están bien, pero este, siempre tiene la misma hora, y nunca cambia, se mantiene paralizado en las doce y veintisiete. —Aquello era muy extraño...pero aún así, no pensé mucho en el tema.

Los días pasaban, y yo ya me había acostumbrado a los Hayward y a sus raras costumbres. Todo marchaba a pedir de boca, incluso había hecho una amiga, llamada Angie. Era una chica muy agradable. Todo iba bien, hasta que llegó el día: era veinte de agosto. Angie y yo nos dirigíamos a mi casa, sobre las siete de la tarde. Diluviaba. Unos metros antes de llegar a la puerta, ella me dijo:

⌚ Yo te acompaño hasta aquí Paula. No voy a acercarme a la casa maldita.

⌚ ¿Maldita? ¿Pero de qué hablas Angie?—dije, sorprendida. Ella se dio la vuelta, y mientras se iba me dijo:

⌚ Quizás deberías preguntarles a Carol y a Alfred sobre Sara Hayward. Y ya de paso, yo también preguntaría por Christina Briand. No sabes el riesgo que estás corriendo. Son unos asesinos.

Entré a la casa asustada. Corrí hacia la puerta para no mojarme, y la abrí enfadada. Carol me miró perpleja; aquel comportamiento no era propio de mí. Tragándome las lágrimas, le grité, enfadada;

⌚ ¿Podrías explicarme quiénes son Sara Hayward y Christina Briand? —Carol palideció. Alfred se incorporó de pronto, y por su mirada, deduje que él también lo había oído. Los dos me miraban con una expresión fría e inexpresiva. Ninguno sabía qué decir. Y yo estaba tan asustada...por fin, después de unos minutos de silencio, Alfred se decidió a decir:

⌚ Sara fue nuestra hija. Murió hace veinte años...pero nunca nos ha dejado. Era un diablo de niña. Padecía esquizofrenia paranoide. Estaba loca. No dejaba que nos acercáramos a ella, nos pegaba...Ser sus padres era un infierno en vida. Nos daba miedo nuestra propia hija. Y llegó el día de su quince cumpleaños...aquél día, la sorprendimos con un bote de gasolina en una mano, y con un paquete de cerillas en la otra. Corrimos lo que nuestros cuerpos ya nos permitieron, pero ella fue más rápida, y la casa empezó a arder. Por suerte, Carol y yo conseguimos salir sin sufrir ningún daño. Y vimos a nuestra hija correr hacia la puerta, gritándonos “¡Papá, mamá, me estoy quemando, ayudadme!”...pero, a pesar de tener la oportunidad de salvarla, le cerramos la puerta en las narices. Nos había destrozado la vida. Sara murió ahí dentro. Nunca encontraron su cuerpo. Reconstruimos la casa. Y bueno...lo creas o no, el fantasma de Sara nos acompaña. No se ha ido. Murió el dieciséis de diciembre a las doce y veintisiete...y bueno, ya ves lo de los relojes. —No daba crédito a lo que oía... ¿los fantasmas existían? Una parte de mí, la más racional, no estaba asustada, ni creía que aquello fuese real...pero la otra parte, se empeñaba en creérselo, y estaba aterrorizada. Y esta segunda parte, era la que me estaba dominando. El miedo. Al ver mi cara de pánico, Carol continuó:

⌚ No eres la primera chica extranjera de intercambio que tenemos en casa. Hace dos años, Christina, una joven francesa de tu misma edad, pasó con nosotros el verano entero. Era un encanto...pero nunca volvió a su país de origen. Apareció muerta un día antes de marchar de vuelta a su casa. Tenía todos y cada uno de sus huesos rotos. Fue Sara, estoy segura. Pero a ti no te ha pasado nada, y ya llevas aquí medio mes...no tienes por qué tener miedo. —Salí corriendo de allí. No podía ni mirarles a la cara. Quería irme de Inglaterra; quería volver a Valladolid, quería estar a salvo. Si Christina había sido asesinada, ¿quién dice que yo no fuera a morir? Me encerré en el baño, y rompí a llorar. Intenté tranquilizarme, pero no sabía cómo hacerlo.

Me miré al espejo, y me peiné bien, riendo entre dientes y diciéndome para mis adentros “Está todo bien, no va a ocurrir nada malo...” Y de repente, el espejo se rompió, y cada uno de los pedazos de cristal cayeron en el suelo formando las letras del nombre “SARA”. Caí de espaldas contra la pared. Me levanté como pude, e intenté abrir la puerta del baño, pero mis manos resbalaban. Después de unos minutos intentándolo, al fin conseguí salir del baño. En aquel momento, solo quería salir de esa casa. Intenté abrir la puerta y marcharme, pero me quedé paralizada al observar que el picaporte estaba bañado en sangre. Subí las escaleras corriendo, dirigiéndome hacia mi cuarto, y con el corazón en un puño. Allí, sentada en la cama, estaba Carol. Ella me hizo un gesto para que me acercase. Me senté en sus rodillas, y lloré amargamente. Carol me acarició el pelo, y me susurró “Tranquila pequeña, todo irá bien. Sara se dedica a asustarnos de vez en cuando, pero tu vida no corre peligro. Dormiré contigo si eso te hace estar más tranquila.”

Y así lo hizo; todos los días durmió conmigo, y no me ocurrió nada. De hecho, casi me olvidé de la historia de Sara. Carol no me dejaba sola ni un instante en todo el día. Hasta que llegó el treinta y uno de agosto, mi último día allí. Ese día, Carol y yo nos acostamos muy tarde, ya que tenía que preparar todo mi equipaje para el día siguiente. Ella se durmió en seguida, pero yo tenía el sueño más flojo, de modo que cuando hoy el primer rasguño en la puerta, fui la única que reaccionó. Y acto seguido, empezaron los golpes en las paredes, se abrió la ventana de repente, y se oían pisadas subiendo las escaleras. Como una cobarde, salté de la cama y me encerré en el armario de la habitación. “Aquí estaré segura”, me dije para mis adentros.

A la mañana siguiente, oí tres golpes en la puerta, y la voz de Alfred me decía:

⌚ Paula, levántate, que tienes que coger el avión. —Salí rápidamente del armario. No pude evitar sonreír. “Estoy a salvo, Sara no me ha hecho nada”, pensaba una y otra vez. Abrí la puerta del dormitorio, y bajé a desayunar. Me cambié de ropa, cogí todo mi equipaje, y sobre las diez, el taxi vino a buscarme. Le di un abrazo muy fuerte a Alfred, y le dije que diera muchos besos a Carol de mi parte. Me subí a aquel taxi, con algunas lágrimas en los ojos, y me despedí de la que había sido mi casa aquel mes en Inglaterra. Mientras me iba, me giré, y me pude oír como los dos perros lloraban, y, sin darme cuenta, me imaginé lo que más tarde descubrí que había pasado.

Un mes después, cuando ya habían empezado las clases, recibí una carta de Angie. En ella me contaba que Carol apareció apuñalada, el mismo día que yo me fui de la casa, y que habían metido a Alfred en prisión por asesinato...

Solo yo sabía la verdad: Alfred no había matado a su mujer. Había sido Sara, que, al ver tumbada a Carol en mi cama, la confundió conmigo. Me quedé traumatizada, incluso tuve que ir al psicólogo para convencerme de que la historia de Sara no era real... Y aunque ya han pasado tres años, todavía me entra un escalofrío en el cuerpo, cuando miro el reloj y son las doce y veintisiete.